

# Llopis.

De Xavo Giménez.

*Toda la acción transcurre en un parking frente a un Ikea.*

*El ~~abrazo~~ ~~de~~ ~~la~~ ~~pareja~~ ~~que~~ ~~es~~ ~~de~~ ~~Llopis~~, ~~le~~ ~~pe~~ ~~que~~ ~~se~~ ~~está~~ ~~usando~~*

*A salvo.*

Aclaración del autor: Cuando el texto está en esta tipografía es Llopis el que habla.

Forget the deal, Jimmy. *Pausa.* Forget the deal... You know me. The deal's dead. Am I talking about the deal? That's over. Please. Let's talk about you. Come on. *Pausa.* Come on. *Pausa.* Come on, Jim. *Pausa.* I want to tell you something. Your life is your own. You have a contract with your wife. You have certain things you do jointly, you have a bond there...and there are other things. Those things are yours. You needn't feel ashamed, you needn't feel that you're being untrue...or that she would abandon you if she knew. This is your life. Yes. Now I want to talk to you because you're obviously upset and that concerns me. Now let's go. Right now.

*Silencio.*

Acojonante. Acojonante, tío. ¿Lo has entendido? Ni una palabra. ¿No? No, ni papa. Ni pajolera idea. Nada. Yo tampoco. Yo lo digo. Sólo lo digo. Me han enseñado un poco. A decirlo. A mentir. A parecer esto para aparentar aquello. Queda de puta madre. Uno.

Uno mismo, quiero decir. Yo, quiero decir. Uno habla así a alguien y queda como un señor. Como un gentelman. Es como en las series de HBO. En inglés todo queda mejor. Leftovers, Game of Thrones, Carnival, Lost, True Detective, House of Cards, Breaking Bad... Touch my bowls. Tócame los huevos. Y cuando hablo de inglés hablo del inglés de los americanos. Inglés del bueno. De los americanos de arriba. Es que ellos saben más. Hacen unas series que te cagas. Directores, guionistas, cámaras, directores de foto, maquilladoras, actores, actrices, todo. Hasta los extras de sus películas son la leche. Hay algunos que son la leche. ¿Habéis visto el Lobo de Wall Street? Cuando Di Caprio hace su discurso de motivación a los trabajadores. Es una escena memorable. Hay muchos extras, como unos doscientos o más. Bueno, hay uno al fondo de la pantalla, medio escondido detrás de una columna y apretado contra una ventana, que está llorando de emoción. Llorando. Llorando un extra. ¿Te lo puedes creer? Aquí no sabe llorar ni el protagonista de Amar en Tiempos Revueltos. Cierran los ojos, fruncen el ceño y se tapan la cara para sollozar. Así. *Lo hace*. Hay que saber llorar, joder. Hay que saber. Los americanos lloran mejor, follan mejor, matan mejor, fuman mejor, bailan mejor, cantan mejor y mueren mejor. ¿Por qué? Porque están preparados. Entrenados. Porque se lo creen. Sí. Saben más. Controlan más. No sé si saben más, pero son la polla. Yo lo digo siempre. Nosotros siempre estamos con la tontería de turno. El Torrente, Muchachada Nui, el Berto Romero, Arturo Valls, los Apellidos Vascos, el Pagafantas y la puta madre que los parió a todos esos. Tenemos una larga lista que nos sitúan en el epicentro cósmico de la gilipollez. Sí, nosotros. Con el cachondeo, con el pinchito y la birrita y con nuestra cultura de embutido ibérico. Nuestra cultura de fritanga televisiva es demoledora. No hay nada que hacer contra esos marines armados hasta los dientes, Jimmy. Y ellos... ellos a lo suyo. Ellos te meten un peliculón como La Chaqueta Metálica esa y se quedan tan anchos. O las de los Transformers. O Godzilla. O Pearl

Harbour. Joder, Pearl Harbour... Nosotros tenemos la Batalla del Ebro o la de Brunete y hacemos la Vaquilla. Ellos tienen Vietnam y hacen Apocalipsis Now.

*Suena el horror.*

He visto horrores... horrores que usted ha visto. Pero no tiene derecho a llamarme asesino, tiene derecho a matarme. Tiene derecho a hacerlo, pero no tiene ningún derecho a juzgarme. No creo que existan palabras para describir todo lo que significa, a aquellos que no saben qué es, el horror. El horror. El horror tiene rostro. Horror has face. Recuerdo que cuando estaba en las fuerzas especiales... parece que han pasado mil siglos... fuimos a un campamento a vacunar a unos niños. Dejamos el campamento después de vacunarlos a todos contra la [polio](#). Un viejo vino corriendo, lloraba, sin decir nada. Regresamos al campamento. Ellos habían ido y habían cortado todos los brazos vacunados. Vimos allí un enorme montón de bracitos. Y recuerdo que yo... *solloza tapándose la cara*. Yo lloré también como... como una abuela. Quería arrancarme los dientes, no sé lo que quería hacer. Y me esfuerzo por recordarlo, no quiero olvidarlo nunca, no quiero olvidarlo. Entonces vi tan claro, como si me hubieran disparado con un [diamante](#), con una bala de diamante en la frente, y pensé: Dios mío, eso es pura genialidad, ¡es genial! ¡Tener voluntad para hacer eso! Se necesitan hombres con principios que al mismo tiempo sean capaces de utilizar sus instintos, sus instintos primarios para matar. Sin juzgarse a sí mismos. Porque juzgar es lo que nos derrota.

*Pausa.*

O las de vaqueros. Los americanos hacen pelis de vaqueros porque tienen vaqueros.

Nosotros a nuestros vaqueros los sacamos en los anuncios de la Central Lechera Asturiana. El otro día me quedé pegado a un programa en Discovery Max. “La fiebre del oro”. Gold Rush. Lo veo. Lo suelo ver, sí. Vaya mierda más bien cagada, tío. Allí que estoy yo dos horas de programa viendo cómo un gordo racista de Alaska le pega a una ladera de una montaña con una excavadora para que su hijo pueda ir a la universidad de Minnessota. ¿Qué coño me importa a mi el gordo ese? Pues nada. Dos horacas ahí sentado a la una de la mañana y el gordo *palante* con el tractor, *patrás* con el tractor, *palante* con el tractor, *patrás*. Unos planazos que te cagas. Travellings de vértigo. Cómo se hizo. Con testimonios de los mineros en plan; “Sí. Mike. Lo pasé mal cuando tiré a poner la reductora y no me entró. Se me vino toda la temporada abajo. Menos mal que aguantó la correa de distribución”. No te jode. Y ahí yo padeciendo por la puta correa de distribución. My god. ¿Por qué? ¿Por qué mola más decir Mississipi que Massanassa? ¿Albuquerque que Albacete? ¿Alabama que Álava? ¿Por qué? Que alguien me lo explique. Da igual que sea un gordo racista de Alaska que desea que su hijo vaya a la universidad o Al Pacino vendiendo parcelas para llevarse un Cadillac. Joder, Al Pacino. Es que encima lo ves ahí plantado. Con los brazos en jarra. Con esos tirantes. *Peinaico*. Sin mover ni un puto pelo. Con la mirada tranquila, con el gesto como... no sé. Joder, parecen salidos de un puto spa. It’s unbelievable! Forget the deal, Jimmy. Forget the deal. Saben lo que quieres y te lo dan. Te lo dan, hermano. Quiero leerlos una poesía que he escrito. La he titulado “Tú a Boston y yo a California”.

*Saca un papel y lee una poesía.*

Vi Cocktail y quise ser camarero.

Vi Top Gun y quise ser piloto.

Vi Alcatraz y me quise fugar.

Vi la Fábrica de Chocolate, la antigua, la del rubio y quería abrir una chocolatina y que el reflejo dorado del envoltorio me devolviera la ilusión.

Vi Star Wars y quise ser ewok.

Vi Star Trek y quise ser ewok.

Vi ET y quise ser Elliot.

Vi El Nombre de la Rosa y quise follar a la campesina sucia.

He visto cosas que no creerías.

Yo no tengo muy claro si Cáceres es la de arriba y Badajoz es la de abajo. No tengo claro lo de Vizcaya, Guipúzcoa y Álava. Bilbao, San Sebastián, Vitoria... Es un lío unir las capitales con su provincia. Me lío. ¿Qué está pegado a Galicia, Asturias o Cantabria? En cambio sé perfectamente donde están las Montañas Rocosas y el desierto de Las Vegas. Sé que la capital de Tejas es Austin y que si dices Memphis tienes que decir enseguida Tennessee. Memphis Tennessee. La Ruta 66 en coche. El blues de Chicago, el soul de Detroit y los yankees de Nueva York y los microchips de Silicon Valley. Y así podría seguir hasta cansaros. Hasta cansaros. Pero no he venido a cansaros. Hoy he venido a hablaros de la formidable historia de Llopis. Mi amigo. El amigo del mundo.

*Suenan las calles.*

Llopis es de un barrio perdido en la indiferencia. Es el mío también, por eso lo conozco. Lo veo pasar. Somos hijos de las avenidas y del carril bici, Llopis y yo. Nuestras raíces están de puertas para dentro. No tenemos mucho arraigo porque el suelo que pisamos fue siempre de hormigón. Lo veo pasar y lo saludo con un golpe de cabeza al aire. Intento incluir una pequeña sonrisa para animar a Llopis. Hay en él cierta tristeza desenfocada. Uno no sabe si tiene pájaros en la cabeza o si tiene un nido. Llopis suele ir al cine cada semana. O todos los días.

*Calbaga Llopis.*

Mi género favorito es el western. Esas historias donde los pueblos son demasiado grandes para uno de los dos. Donde o tú o yo. Donde siempre gana uno, sea el malo o el bueno. Y es el western el que me viene al pelo para contaros la formidable historia de este pobre llanero solitario que es Llopis. A Llopis siempre le acompaña una melodía. Arrastrar una diligencia cada día de la semana necesita de una banda sonora. La música no entiende de gravedad. Llopis vaga por las praderas que separan el río seco de esta ciudad agotadora y polvorienta. De esta ciudad. Valance. Las de vaqueros. Esas me vuelan la cabeza. Un carromato, una pistola que da la salida a aquellos que saben que el horizonte es un engaño. Polvareda, futuro y quien más pueda para él. Encontrar una tierra fértil, junto a un río calmado, con un bosque de abedules y chopos cerca y una colina a lo lejos. Llegar el primero y plantar una cruz para avisar a los que vendrán que está será su tumba si dan un paso más. Esas me gustan, Jimmy. La Leyenda de una Ciudad Sin Nombre. Clint Eastwood y Lee Marvin. Esa película que empieza con un entierro. Una carreta se precipita por una ladera y termina hecha añicos. Están todos

alrededor del difunto. Y el difunto tarda muy poco en convertirse en cadáver. El sepulturero pica la tierra oscura pero algo brilla en la fosa. Oro. Oro. Gold. Gold.

*Cowboy.*

Esas tierras que he visto serán mías algún día, Jimmy. Y si algún miserable de Cheewita se le ocurre cruzarse por mi camino pongo a Dios por testigo que le volaré toda manteca que tiene el la mollera. Avisado quedas. Ni se te ocurra dar un paso más. Y dile a esa sabandija de Willy Dockerson que no pienso desviar el arroyo. Cómprate unas botas nuevas. Se ve que ese perro de Willy Dockerson no trata bien a su rebaño... Ahora márchate y dile todo lo que te he dicho a Willy Dockerson. Qué traviesa es la vida. Llamar amo a quien no te ama. Largo. Largo he dicho... Se me está acalabrando la paciencia, muchacho. Habla rápido. ¿Sabes usar el aserradero?... ¿Sabes drenar la grava?... ¿No? Entonces, ¿a qué has venido, chico? Vuelve a Cheewita y cuida bien de tus cosas. No tendrás otras. Si quieres trabajar en mis tierras no puedes ir vestido como un paleta. Largo. ¡Largo!

Y Llopis entonces hace caso al jefe de personal de la feria de muestras que lo acaba de entrevistar y que lo acaba de mandar a casa por no vestir para la ocasión. Deja su curriculum una vez más sobre la mesa, y al dejarlo sobre la mesa parece que lo deja sobre una balsa de disolvente. La tinta del papel se borra enturbiando el agua. Palabras como “carnet de conducir” o “nivel medio de inglés” se difuminan como la sonrisa de la Gioconda, que depende del día se ríe o se enoja. Y entonces Llopis coge su coche sin rueda de repuesto y se va a dar una vuelta con algo de música americana pero siempre que pone la radio, siempre, hay publicidad.

*Algún anuncio de la radio vende los mejores calzones.*

Y espera no pinchar, porque si pincha una vez más se quedará tirado para siempre en una cuneta. Y llega a un parking de unos grandes almacenes donde ahora han puesto un Ikea, por fin. Y ese parking era suyo. Un día fue suyo. Por eso siempre va allí. Antes también iba allí. Pero era a correr con su bicicleta BH. A jugar a indios y vaqueros. A ver en la acequia un gran Río Bravo. Antes ese parking no olía a madera barata y conglomerada, ni a tornillos ni llaves Allen. Olía a begonias, a petunias, a claveles y a rosas. Si a Llopis le asfaltan los recuerdos, él aprovecha para aparcar sobre ellos. Llopis le pone freno de mano a la memoria. Ahora sí que somos una ciudad con todos los servicios. Una ciudad sin Ikea es como un corazón sin sístole ni diástole. Y Llopis se queda en el parking latiendo un poco. Piensa que en la siguiente entrevista de trabajo debe cuidar ciertos aspectos como la apariencia, la ropa, la sonrisa, la mirada y las condiciones atmosféricas. Y come una hamburguesa poco hecha de la hamburguesería que hay junto al Ikea. Lleva rato mirando y masticando. Lleva tiempo sin bajar la guardia. Es una especie en extinción que está de moda.

*Sonidos poco hechos.*

Hace dos días ya. Lo tienen bien montado. Con sus tiendas Two Seconds, con sus tumbonas con agujero para la bebida. Vienen preparados para cocerse al sol. Antes ese parking era un campo de petunias que se olían desde el puerto, ¿lo sabías? Yo he pasado noches enteras aquí, discutiendo con amigos si la luna estaba llena o menguaba. Es un tema de discusión muy frecuente entre

amigos. Dos noches llevan algunos en este parking que dentro de unas horas será un desfile de domingueros haciendo cola para comer un perrito caliente con paté de salmón por uno noventa y cinco. Ahora hay que comer como ellos. Les compras el sofá, la mesa, las sillas, las servilletas, los tenedores, la crema de salmón, las galletas de arenque, la taza del váter y hasta el papel del culo. Hay que joderse. Lo compro, lo cargo en el coche, lo monto, lo paso por el código de barras... dentro de poco nos van a dar la opción de hacer una excursión al bosque para talar la puta madera.

¡Los parkings son para aprender a conducir cuando están vacíos!

Todos con esas camisetas amarillas. Si vas de amarillo te hacen descuento. Sólo el primer mes. Míralos. Son felices. La gente es feliz, Llopis. No como tú. Tú siempre estás con la mosca detrás de la oreja. Pensamiento positivo, hombre. Saldré de esta. Este es un buen lugar para pensar. *Come*. Esta hamburguesa es la más rica que se ha cocinado nunca. *Come*. La comida rápida hay que comerla despacio. *Come*. Esta hamburguesa está exquisita. Han abierto muchas cosas por aquí. En algún sitio puedo ser útil. Tengo que renovar mi curriculum. Puede que en esa hamburguesería. Planet Burger. Sí. Esto será un acierto, confía en ti. Si esto no funciona... si esto no funciona podría montar algo. Buscarme un socio. Convencer a alguien. Montar algo. En épocas de dificultad se despierta el ingenio, dicen. Una... no sé. Algo de autor. Todo lo de autor está de moda. Mira, hamburguesas de autor. ¿De autor? ¿Qué coño es eso de hamburguesas de autor? ¿Quién está en la cocina? ¿Gabriel García Márquez? *Come*. No saben cómo vendernos lo de siempre. *Come*. “Diseña tu

propio salón”. *Come*. Diséñamelo tú, coño, que para eso te pago.

Algo irá bien.

Llopis ha pasado penurias. No muy resaltables. Suficientes. Como para decir basta. Dos pelos para una cabeza no son nada pero si los encuentras en el café con leche el mundo se colapsa. Ha trabajado mucho, Llopis. Ha cotizado mucho, Llopis. Ahora tiene una espalda quebrada de tanto mirar al suelo. Llopis tiene una extraña relación con sus zapatos. No puede dejar de mirarlos. Los acompaña allá donde van. Se deja llevar. Llopis parece un vagabundo a control remoto. La gente vive en un surco. Un surco que se convierte en una zanja. Una zanja que se convierte en una trinchera. Una trinchera que se convierte en una fosa. Una fosa que se convierte en un jardín.

He tenido muchos trabajos yo. Y ninguno me ha ido bien. Fui el mejor vendedor de calzoncillos de la sección caballeros del Corte Inglés. El encargado de planta me invitó a una Coca Cola, me pasó su brazo por encima de mis hombros y me dijo; “Llopis, nadie vende calzoncillos como usted. Si sigue vendiendo calzoncillos así, algún día será alguien en la vida.” ¿Alguien en la vida? Mi idea no era vender calzoncillos por mucho tiempo. Era un trabajo temporal. Me preparé mucho. Entré por enchufé. Entré por enchufe para vender calzoncillos. Y yo no me podía quejar. Peor era un compañero mío que vendía fajas. Las vendía muy bien, por cierto. Cuando el encargado de planta me dijo eso, le dije...

Gracias, señor Santonja. Ser alguien en la vida. Ser alguien.

Mire mi dni señor Santonja. Mírelo. Qué ve.

*(Santonja).*

Ahora no tengo mucho tiempo, Llopis. Rapidito.

No, le quería decir algo acerca de lo que me dijo el otro día.

*(Santonja).*

Rapidito. Los calzoncillos no se venden solos, Llopis.

Quisiera hablar con usted, Santonja. ¿Podemos hablar un momento? Quisiera pedirle un pequeño favor... Santonja, he pensado en no seguir vendiendo calzoncillos. ¿Recuerda lo que me dijo por Navidad, en la fiesta del personal? Me dijo que trataría de encontrarme un puesto para mí en la sección de librería, discos, películas. Yo sé de películas. Verás, Jordi. Mis padres están mayores, ¿sabes? Pronto me dejarán y no tendré que pagar alquiler. Podré vivir en casa de mis padres. Volver a casa. Ya no necesito tanto dinero. Si pudiera ganar..., digamos, sesenta y cinco dólares a la semana, tendría suficiente. Te diré por qué, Howard. La verdad es que estoy un poco cansado. Bien sabe Dios, Howard, que jamás le he pedido un favor a nadie. Pero ya estaba en la empresa cuando tu padre te traía aquí en brazos. Tu padre, que en paz descansa, se me acercó el día en que naciste para preguntarme qué me parecía el nombre de Howard... Todo lo que necesito para comer son ciento cincuenta euros a la semana, Santonja. Sólo eso, Howard... Mi capacidad como vendedor está fuera de duda, ¿no es cierto?... Déjame que te cuente una

cosa, Santonja. Let me tell you something, Howard. Por supuesto, el negocio es el negocio, los calzones son los calzones pero escúchame un momento. No comprendes lo que te estoy diciendo. Cuando era un muchacho, a los dieciocho o diecinueve años, ya estaba en la carretera. Y me preguntaba si la venta tendría futuro para mí, porque en aquel entonces suspiraba por irme a Alaska. Piensa que en Alaska uno encontraba oro tres veces al mes. Mi padre vivió muchos años en Alaska. Tenía espíritu aventurero. Ya estaba casi decidido a irme, cuando conocí a un viajante en el hotel Parker House de Boston. Se llamaba Dave Singleman, tenía ochenta y cuatro años y había recorrido treinta y un estados vendiendo su género. El viejo Dave subía a su habitación, ¿comprendes?, se ponía unas zapatillas de terciopelo verde, nunca lo olvidaré, descolgaba el teléfono y llamaba a los agentes de compras, y sin salir de la habitación, a los ochenta y cuatro años, se ganaba la vida. Al ver eso, comprendí que la venta era el mejor oficio que un hombre podía desear, porque, ¿qué podía ser más satisfactorio, a los ochenta y cuatro años, que visitar veinte o treinta ciudades, descolgar el teléfono y comprobar que tanta gente se acuerda de ti, te quiere y te ayuda? ¿Sabes?, cuando murió, cuando murió, cientos de viajantes y clientes asistieron a su entierro. Luego, durante meses, flotó una atmósfera de tristeza en muchos trenes. En aquellos tiempos, Howard, había respeto, camaradería y gratitud. Hoy todo es rutinario y no hay ocasión de cultivar la amistad. ¿Comprendes lo que quiero decir? ¡He vendido más calzoncillos que nadie en este puto Corte Inglés, Santonja! ¡No puedes comerte la naranja y tirar la piel! ¡Un hombre no es una fruta! Ahora presta atención. He tenido un gran año... Todos hemos tenido un gran año. Ponme en las películas, Santonja. Ponme...

*Silencio.*

¿Qué significa esto? ¿Ya no puedo confiar en ti?

*Silencio.*

¿Quieres que me pudra? ¿Quieres que me vaya? ¿Es eso, Santonja?... Mira mi dni. ¿Qué pone ahí? ¡¿Qué pone ahí?! Amadeo Llopis Serra. ¿Sabe quién es ese, Santonja? ¡Alguien! ¡Alguien, Santonja! ¡Alguien! ¡Alguien!